

asalto, pues como he dicho á vd., mandé previamente desartillar el fuerte y vaciar sus repuestos y almacenes. En la funcion de armas perdimos tambien 500 hombres entre muertos y heridos. No sé si quedaron algunos de nuestros jefes, oficiales, y soldados de los que defendian á San Javier, prisioneros en poder del enemigo. Sirvase vd. manifestar al señor presidente, que nuestro cuerpo de ejército no ha sufrido lo mas mínimo en su moral, por la pérdida de Iturbide, porque ésta, como he dicho, la hicieron necesaria las leyes de la guerra, y la exijia ademas la conveniencia de la defensa de la plaza.

Como una prueba del primero de estos asertos, puede vd. manifestar al mismo señor presidente, que hace 32 horas, despues de la en que se sufrió el asalto, que el enemigo no ha podido desalojar á nuestras tropas de las manzanas que circunvalan la retaguardia del referido fuerte, ni aun de aquellas que se encuentran á 13 ó 14 varas distantes del mismo, no obstante ser sumamente débiles por su construccion, y estar sufriendo todo el fuego de la artillería de los invasores, á consecuencia de que todas tienen su frente á la campaña.

Me he propuesto defender otras treinta horas las citadas manzanas, para obligar al enemigo á que las tome en columna cerrada, y á que en el ataque sea rechazado ó pierda mil ó dos mil hombres; y en el supuesto de que no acontezca lo primero, como lo creo, abandonaré las cinco manzanas, incluso los redientes de Morelos, para que todos estos escombros impidan á la artillería enemiga jugar impunemente sobre nuestra tropa por ese rumbo, por no poder hacer lo mismo nuestras baterías, una vez que el enemigo ocupa San Javier. En la hipótesis de que aquel no me ataque las manzanas en los términos referidos, mi línea quedará establecida á la retaguardia de ellas, cuya línea, así como las otras dos que estan mas hácia el centro de la ciudad, está perfectamente artillada y defendida por fuerzas respetables. El abandono de los redientes de Morelos, lo motivará la circunstancia de que ni han sido ni seran atacados por el frente que ve á la campaña, sino por la gola, que, como es bien sabido, está sin fortificacion, y solo le sirven de apoyo las manzanas y plaza de toros que se hallan inmediatas á San Javier. Mas una vez que sea

abandonado aqnel punto, queda descubierto y puede ser batido por toda su parte interior por nuestra segunda línea. El enemigo no ha atacado alguna otra de las fortificaciones que se hallan en los suburbios de la ciudad. Me han servido mucho como siempre, los señores generales Mendoza y Paz.

Sirvase vd. dar parte con lo espuesto al señor presidente de la República.—L. y Reforma. Zaragoza, Marzo 30 de 1863.—Ortega."

"Señor general Comonfort.—A las ocho de la noche del dia 31 de Marzo.—El correo no pudo salir anoche, y por lo mismo le diré á vd. lo que ha pasado en la plaza en las 24 horas que han transcurrido. El enemigo no ha podido desalojar á nuestras fuerzas de las manzanas y plaza de toros que se hallan inmediatas y á la retaguardia de San Javier, no obstante el fuego nutrido de artillería que ha dirigido sobre ellas desde sus paralelas. No se ha resuelto á tomar esos puntos con sus columnas. A la hora en que escribo estas líneas recibo parte de que ha comenzado á incendiarnos las puertas de las citadas manzanas.

Si el enemigo no ataca, ya dí orden de que las manzanas tantas veces citadas, la plaza de toros y redientes de Morelos, se abandonen ántes de amanecer; y he dispuesto tambien que se desartillen los últimos á la una de la mañana, vaciando al mismo tiempo sus repuestos. Esta medida la dictan las razones que dí al señor ministro de la guerra.

El dia de hoy hemos perdido como 100 hombres entre muertos y heridos. El enemigo ha continuado arrojando bombas sobre la ciudad. Han vuelto del campamento frances los vice-cónsules de los Estados-Unidos y de Prusia, á quienes negó el general Forey la gracia que yo habia concedido, en obsequio de la humanidad y de la civilizacion, y que consistia en permitir que salieran de la ciudad todas las mugeres, niños y familias indefensas.

El general frances cree, que por el terror de las familias obligará á la guarnicion á rendirse, mas si esto cree, se equivoca, pues los soldados que mando y yo muy particularmente, estamos resueltos á defen-

der manzana por manzana y edificio por edificio, aunue todo quede convertido en ruinas. Todos los correos que le he mandado, han vuelto con los pliegos de vd.—Continúo esta carta á las cinco de la tarde del dia 1.º de Abril, porque el correo no pudo salir anoche. Abandoné las manzanas y redientes de Morelos, y el enemigo solo ha ocupado dos de las primeras, mas no las restantes ni los redientes que estan batidos por nuestra segunda línea. He vuelto á ocupar, á las diez de la mañana de hoy, las manzanas abandonadas y los redientes, si bien con poca fuerza, porque no estoy resuelto á seguir defendiendo estos puntos. En los redientes dejé cuatro piezas de marina inútiles y pesadísimas, y que ni á esta hora que estoy en posesion de dicho punto, me resuelvo á sacarlas. Deje vd. consignado ésto por la prensa. Hoy el fuego ha sido mas lento y flojo. Hemos perdido como 40 hombres entre muertos y heridos. Tenemos ó tiene el enemigo, siete oficiales y dos jefes prisioneros de los nuestros. Acabo de recibir de ellos una carta que me trajo con una bandera blanca un oficial frances. Mañana les mando una paga.—Ortega.”

“Señor general D. Ignacio Comonfort.—Zaragoza Abril 1.º de 1863.—Querido amigo y compeñero: Son las ocho de la noche y no ha ocurrido cosa alguna de importancia. Dentro de algunos minutos me voy á la línea avanzada llevándome dos ingenieros y á los generales Paz y Mendoza, con el objeto de ver si entre los parapetos avanzados y los de la retaguardia de estos, levanto otros formando así una estensa muralla entre las manzanas, para hacer jugar toda nuestra artillería sobre la plaza de toros.

Acabo de recibir su apreciable de fecha 31. Ya dije á vd. en mi carta que le remití hace algunas horas, que luego que me dieron aviso de la torre, que se aproximaba vd. y que el enemigo preparaba sus fuerzas para recibirlo, hice salir una fuerte columna sobre el campamento frances del rancho Colorado, al que se reconcentraron los inmediatos. Cuando oscureció, nuestra columna volvió á la plaza despues de haber hecho sobre aquel campamento algunos tiros de cañon. Siempre he esperado mucho de vd.—Ortega.”

A lo que manifesté en los documentos que anteceden, solo tengo que agregar: que las piezas de montaña que se perdieron en San Javier, no fueron dos sino tres, cuya equivocacion del escribiente ó telegrafista no pude subsanar oportunamente, porque durante los dias del asedio, no supe los términos en que se habia publicado el parte que dejo inserto.

Debo tambien añadir á los conceptos emitidos en éste, por exijirlo así un principio de justicia: que en los dias que quedan citados hubo entre los defensores de la plaza hechos que tocaban al heroismo, no solo por oficiales y jefes de alta graduacion, sino aun por los individuos de la clase de tropa, y por simples ciudadanos, que, sin tener carácter alguno militar, dieron su sangre y su vida en defensa de su patria.

Pena y mortificacion me causa, señor ministro, cada vez que escribo una línea, no tener á la vista los datos y apuntes que recojí para auxiliar á mi memoria cuando fuera oportuno, porque seria imposible que aquella me sirviera para citar los nombres de multitud de personas, y para narrar tambien multitud de circunstancias de que vinieron acompañados los hechos principales que he referido, circunstancias que si están llenas de interes consideradas aisladamente, forman en su conjunto una página honrosa en la historia de México; mas ya que no es posible tener á la vista aquellos documentos para realizar mis deseos, como lo he manifestado y vuelvo á repetirlo ahora, me permitiré hacer una mencion especial del señor coronel, hoy general, D. Pedro Rioseco, y de los señores coroneles Herrera y Cairo, Gomez [D. Jesus] y Escovedo, así como de los jefes, oficiales y tropa que mandaban esos valientes y pundonorosos jefes.

Rioseco con la primera brigada de la division del señor general Negrete, sufre durante tres dias, sin recibir relevo alguno en la plaza de toros y manzanas de izquierda y derecha, el fuego de rifle que hacia el enemigo de S. Javier, y el de las baterías colocadas en las paralelas.

Ocho ó diez veces visité á este jefe para ver el estado en que se hallaba su tropa y los puntos que defendia, y otras tan-

tas lo ví, lo mismo que á Herrera y Cairo y demas jefes y oficiales que lo acompañaban, sereno y contento en medio de la muerte y del estrago que causaban los proyectiles del invasor, ya cubriendo, con los mismos escombros que le dejaban aquellos, las brechas que le abrian á cada hora, y ya improvisando, segun las instrucciones que le diera, otros medios de defensa, para lo que puse bajo sus órdenes al ingeniero D. Francisco Beltran.

No oí de los labios de Rioseco ni de los jefes, oficiales y tropa que lo obedecian, ni una sola queja, ni observé el mas ligero disgusto porque no los habia mandado relevar oportunamente, no obstante haber triplicado las fatigas que las leyes militares imponen en casos como éste.

Tampoco recibí de algunos de esos valientes ni la mas ligera indicacion, ni la observacion mas mínima respecto de las órdenes que recibian: alegres y obedientes, llenaban para con su patria, los deberes de soldados republicanos y subordinados. Solo recuerdo estas frases que me dirigió modesta y privadamente Herrera y Cairo. "Mi general, si V. lo cree conveniente, sacrifique el batallon de Querétaro que mando, para ver si se logra recuperar el fuerte de S. Javier: mi persona y el batallon estan dispuestos á hacer ese sacrificio en los términos que V. lo exija." Yo aprecié en lo mucho que valian, las palabras de aquel jefe, y mas cuando su fisonomía, su acento y la hora y punto en que las vertiera, me revelaban que procedian del corazon; pero juzgué que era inútil cualquier sacrificio, por que aunque lograra apoderarme del fuerte, con pérdida de algunos centenares de hombres, no podia conservarlo ni defenderlo por las razones que manifesté al señor ministro.

Rioseco y sus compañeros no abandonaron los puntos que se les habian encomendado, sino cuando así convino al honor de la plaza, y cuando para ello recibieron las órdenes correspondientes del cuartel general, sin haber perdido hasta entonces un solo palmo de terreno.

Los coroneles Gomez y Escovedo se hallaban á la retaguardia de los jefes que he mencionado, preparando entre los

fuegos del enemigo, una segunda línea de defensa, en los términos que se les habia ordenado. Su conducta, y la de las fuerzas que mandaban, no fué menos digna que la de los primeros.

El coronel, hoy general, D. Miguel Auza que ocupaba las manzanas de la izquierda de Rioseco y redientes de Morelos, y que habia sufrido con las fuerzas que mandaba, el fuego y destrozos de la artillería enemiga desde que ésta comenzó á batir el fuerte de San Javier, se condujo tambien de una manera honrosísima, lo mismo que la tropa y oficialidad que estaba á sus órdenes. Habiéndole mandado fuerzas, para relevar las que tenia, dos dias despues de la pérdida de S. Javier, me mandó suplicar con el señor general Paz, que le dejara los batallones 3.<sup>o</sup> y 5.<sup>o</sup> de Zacatecas que tenia á sus órdenes, pues que éstos, inclusa su oficialidad, se hallaban aún llenos de entereza para seguir defendiendo el fuerte con toda desicion, no obstante lo mucho que habian sufrido. En vista de esto, pasé en el acto á los redientes de Morelos, y habiendo encontrado al señor Auza, que hablaba á la sazón con el general Paz, en el punto de mayor peligro, y á sus fuerzas con el mas grande entusiasmo, me dijo el primero. *Creo que aceptaria V. mi súplica, que no me relevará las fuerzas, ni me mandará reserva alguna particular, pues hasta esta hora no creo necesitarla. Ya ve V. el buen estado en que se hallan las fuerzas: ellas y mi vida le responden á V. de los redientes de Morelos y manzanas que ocupan.*

Esos puntos los desocupó con la mayor calma y sangre fria, cuando para ello recibió tambien órdenes espresas y terminantes del cuartel general, lo que tuvo lugar al mismo tiempo en que las recibiera Rioseco, por convenir así á los intereses de la plaza.

En la tarde del dia 30 de Marzo, observé de las torres de catedral que las fuerzas del señor general Comonfort, se movian con direccion al puente de México, é inmediatamente dispuse que el general Negrete, que mandaba la reserva general, saliera con una fuerte columna de las tres armas, por la dere-

cha del fuerte de Santa Anita, sobre el campamento enemigo que se hallaba en el pueblo de Santa María, con el objeto de proteger á las fuerzas del cuerpo de ejército del Centro, caso de que estas intentáran algo sobre la línea francesa, ó introducir víveres á la plaza. La columna hizo su salida en muy buen orden, cambiando sus tiros de cañon con los de la línea enemiga, cuando ya se hallaba inmediata á ella y sobre la llanura. Al entrar la noche, observé que las fuerzas del citado cuerpo de ejército del Centro se habian retirado como con direccion á Ocotlan, y mandé que nuestra columna se replegara á la plaza, como se verificó.

En esos dias escribí reservadamente al señor general Comonfort, proponiéndole como un plan de campaña que nos daría los mejores resultados, lo siguiente: que se situara con su fuerza en Santa Inés Zacatelco, al norte de la ciudad, desde cuyo punto podia amagarse la línea de comunicacion que tenia establecida el invasor con Orizava: y le decia ademas que colocado en aquel lugar, hiciera un movimiento rápido en las altas horas de la noche, para que á las primeras luces del dia siguiente, se hallara sobre la línea enemiga, que estaba entonces b'en débil por San Pablo del Monte y San Aparicio, y que dándome préviamente el aviso de su movimiento, fuertes columnas saldrían de la plaza para hallarse á la misma hora y por otro de los flancos, sobre la misma línea enemiga, con el objeto de que ambas fuerzas atacaran simultáneamente los campamentos de que se componia aquella, lo que daría por resultado, en mi concepto, su destruccion, y obligaría al invasor á levantar el sitio ó á reconcentrar sus fuerzas, formando con ellas gruesos campamentos, lo que importaría un bloqueo, y hasta cierto punto el triunfo de la plaza.

Como el señor general Comonfort no me contestara, entendí que habia pedido instrucciones al supremo gobierno relativas á mi proyecto.

Los dias trascurrieron y vino la pérdida de S. Javier y demas sucesos que dejo reseñados. Algunos dias despues recibí

una carta de aquel general, en que me decia: que para ejecutar el plan que le habia propuesto, necesitaba que le proporcionara una fuerza de la plaza, compuesta, segun recuerdo, de cinco ó seis mil hombres. Recibia con esta carta otra del señor presidente, en la que me recomendaba que, si lo juzgaba conveniente, facilitara al referido general la fuerza que me pedia.

A este último señor le contesté: que no me seria posible obsequiar sus deseos sin comprometer sériamente la defensa de Zaragoza; y al señor presidente le dije tambien en lo confidencial: que facilitar la fuerza al señor general Comonfort, importaba tanto como obligarme á perder la plaza en unas cuantas horas, porque ésta quedaria sumamente débil por todas partes, y mas cuando hasta entonces habia perdido ya como tres mil hombres de sus defensores; pero que si creia conveniente la medida, se sirviera darme las órdenes correspondientes, en cuyo caso se buscaria un medio para perder la ciudad de una manera decorosa y digna: le decia tambien, que estuviera siempre seguro de que sus órdenes quedarian cumplidas inmediatamente que yo las recibiera.

El citado señor general contestó de enterado á mi carta, y la respuesta del señor presidente, que recibí tambien con el carácter de confidencial, fué: que admitia por buenas mis razones, y sobre todo cuando yo debia hacer lo que estimara por mas acertado *puesto que era el único responsable de la defensa de la ciudad.*

Aquí creo oportuno y de justicia hacer una advertencia, y es la siguiente.

El señor general Comonfort me dijo en una de sus cartas en los primeros dias del asedio de la plaza, que estaba al frente de un cuerpo de ejército improvisado, y compuesto en su mayor parte de reclutas, como era natural, y que esto tal vez le iba á impedir llenar sus deseos y satisfacer los sentimientos de su corazon, que eran los de un verdadero mexicano.

Reservadamente manifesté al señor general Mendoza lo que pasaba, respecto de combinaciones, entre los cuerpos d

ejército de Oriente y Centro, con el objeto de oír su parecer en lo relativo á este punto, opinion que juzgué de mucho peso, tanto por ser el cuartel-maestre de uno de los citados cuerpos de ejército y estar en consecuencia identificado con sus destinos, con sus exigencias, con sus necesidades y con sus glorias, como por las relaciones de íntima amistad que tenia con el señor general Comonfort. La opinion del señor Mendoza fué, que no comprendia las razones que militarmente se hubieran tenido presentes, para pedirle fuerzas á una plaza á quien estaba batiendo un enemigo poderoso, y la que habia perdido ya, aunque honrosamente, uno de sus fuertes, que era á la vez una de las llaves de la ciudad; que no comprendia tampoco, por qué el citado señor general Comonfort no habia aceptado y puesto en práctica el plan que le habia yo propuesto, y que por lo mismo, y siendo para él inusitado y nuevo todo lo que estaba pasando, opinaba, no obstante las relaciones de extraordinario cariño que lo ligaban con el señor general Comonfort á quien trataba como hermano, que yo me entendiera directamente con el supremo gobierno respecto de combinaciones.

Me pareció racional y desapasionada la opinion de aquel general, y me dirigí en el acto al supremo gobierno, no para acordar con él combinaciones militares, sino manifestándole las propuestas que habia hecho al señor general Comonfort, y diciéndole al mismo tiempo, que nada importaba la pérdida de San Javier, y que aun era tiempo de salvarlo todo, siempre que se estableciera la unidad de mando en ambos cuerpos de ejército, encareciéndole, de cuantas maneras me fué posible, la necesidad que habia de que se adoptara este pensamiento.

Mi carta fué recibida, pues se me contestó á todos los puntos contenidos en ella, sin resolver el de que yo me ocupaba de una manera esencial y preferente.

Le dije tambien: que deseaba no fuera estéril la sangre que se estaba derramando en Zaragoza, ni infructuosos los esfuerzos heroicos de sus defensores, así como

los grandes y patrióticos que hacia el gobierno supremo; y que por lo mismo me ocupaba de hacerle aquellas observaciones, que me arrancaban la hilacion de los sucesos, el conocimiento que tenia de las cosas y de la situacion por la posicion en que me hallaba, y un sentimiento patriótico; pero que no aceptara mis indicaciones si no lo creía conveniente, pues por mi parte, le repetia, que quedaba enteramente tranquilo, y dejaba satisfecho un deber de conciencia, con solo la circunstancia de saber que esas indicaciones, que me dictaba mi propio deber, habian llegado á conocimiento de quien tenia los poderes de la nacion para salvarla: agregando á todo esto, como una nueva y cansada repeticion, que de una ú otra manera se salvaría el honor de las armas de la República.

La division del ciudadano general Negrete habia sufrido mucho, porque habia tenido que colocarla en algunos puntos de los que se hallaban á retaguardia y por el lado del Este del fuerte de San Javier, no obstante estar formando dicha division la reserva general, y por esto tuve que mandar hacer su relevo la noche del día 31 de Marzo, sustituyéndola con la reserva de la primera division que mandaba el señor general Berriozábal, cuya fuerza previne al mismo general moviera á la una de la noche hácia el frente atacado de la ciudad, orden que quedó cumplida en el acto, pues algunos minutos despues de haber mandado pedir aquella reserva se me presentó al frente de ella el general D. Porfirio Diaz, á quien personalmente entregué los reductos y edificios que debia defender, dándole orden de hacerlo de una manera provisional y débil, respecto de los que estaban avanzados de la línea, que esa misma noche me propuse formar y defender, y de un modo decidido y á todo trance hasta quedar muerta ó prisionera la fuerza, respecto de los que formaban parte de la línea mencionada.

En la misma noche y á la misma hora, hice tambien mover hácia el frente referido, al general Llave con la reserva de su division, entregándole en los mismos términos que al general Diaz, algunas manzanas y parapetos de aquella línea

Las órdenes que le diera, con relacion á la defensa, fueron las que recibió poco antes el general Diaz.

Tambien esa noche, y algunas horas despues de dejar concluidas estas operaciones y recorriendo la derecha de la línea acompañado del señor general Paz y de dos de mis ayudantes, dí al general Antillon y á su segundo el general Lamadrid, las órdenes correspondientes, esto es, les señalé los puntos avanzados que debian defender provicionalmente, y los que formaban parte de la línea que no debia perderse, sino con la pérdida absoluta de sus defensores.

Despues dí igualmente orden al general cuartel-maestre, para que á la mañana siguiente, y con cuanta actividad fuera posible, se estableciera esa línea que tendria por objeto reparar la pérdida de San Javier en la defensa de la ciudad: que ella debia quedar formada entre el Cármen y Santa Anita, apoyando su izquierda en el primero de los fuertes referidos, y su derecha en el segundo. En estos términos.

Partiria el muro que la formaba, del Cármen, con frente á la llanura, hasta tocar á Santa Ines; seguiria por las manzanas del Pitimini tocando á San Agustin, continuaria por las que se interponen en línea recta entre el citado ex-convento y el de la Merced, y seguiria finalmente desde este último punto con direccion á la iglesia del Señor de los Trabajos y Santa Anita.

Tambien dí orden al mismo general para que dispusiera, de una manera precisa y terminante, que se abandonáran todas las obras de la plaza, y que los instrumentos de zapa, zapadores y aun los trabajos del mismo cuerpo de ejército, se dedicáran esclusivamente á la realizacion del proyecto que estaba resuelto á llevar á cabo de todas maneras; previniéndole igualmente dispusiera, que en el interior de todas las manzanas comprendidas en la línea, quedáran contruidos parapetos pasajeros que sirvieran para la defensa interior de los referidos edificios.

El señor general Mendoza cumplió con toda esactitud esta

orden, cooperando ademas á la realizacion de mi pensamiento con sus luces como militar y con sus conocimientos locales.

Al dia siguiente dí personalmente al señor general Negrete, la misma orden que diera la noche anterior á los generales Llave, Alatorre, Antillon, Lamadrid y Auza, pues parte de las fuerzas que formaban su division habia continuado defendiendo algunas manzanas comprendidas en la línea de que me he ocupado, cuya orden trasmitió en mi presencia al recomendable general Prieto. Ese mismo dia, 1.<sup>o</sup> de Abril, dispuse que el general Berriozábal fuera á encargarse del mando de las fuerzas pertenecientes á su division, á las que, la noche precedente, habia encomendado algunos puntos del frente atacado de la ciudad.

Los generales Antillon, Lamadrid y Rojo, en la línea comprendida de la Merced á Santa Anita; Alatorre, Régules, Ghilardi y Auza en la comprendida de Santa Inés al Cármen; y en la que quedaba entre Santa Inés y la Merced, los generales Berriozábal y Llave, así como en los puntos avanzados los generales Diaz y Caamaño y coroneles Zepeda, Sanchez-Roman y Balcazar, comenzaron con cuanta actividad, constancia y empeño podia desearse, á ejecutar los trabajos que exijia el establecimiento de la línea tantas veces mencionada. El general Negrete despues de haber trabajado en ella con su division, se dedicó á la construccion de otra á la retugardia de la que he señalado.

En ella, esto es, en la establecida para sustituir á San Javier, así como en sus puntos avanzados, fué donde nuestro cuerpo de ejército rechazó repetidas veces al ejército invasor, donde cayeron prisioneras sus valientes y atrevidas columnas de asalto, y donde el cuerpo de ejército de Oriente defendió brechas abiertas y practicables por muchos dias, siendo una de ellas por el término de cuarenta.

De esa línea no llegó á perderse un solo palmo de terreno, y fué dueño de ella el cuerpo de ejército que estaba á mis ór-